

REFLEXIONES AL BORDE DEL PRECIPICIO

El artículo que sigue, de Paul W. McKracken, fué publicado en The Wall Street Journal el día 31 de Diciembre último.

Según parece, el Lunes Negro y los acontecimientos de Octubre puede que no lleguen a desencadenar una recesión. Pero aún así, las posibilidades de que las cosas se tuerzan siguen siendo muy elevadas.

No se necesita ser muy sagaz para ver que el orden económico internacional está alterado. "Estamos ante una danza de puntillas al borde de un precipicio", según ha dicho alguien, con certera metáfora. En estas condiciones, ha de ser reconfortante y útil ensanchar la plataforma que nos separa del abismo. Después de todo, los Lunes Negros son, para invocar una imagen de The Economist, el termómetro que registra la temperatura, pero no el horno que la produce.

Una parte del problema es que existen tres fuerzas mayores que desequilibran la economía mundial, y que la atención se concentra excesivamente en una de ellas. Esta es, naturalmente, el déficit presupuestario norteamericano, el cual, por supuesto, sigue siendo un gran elemento distorsionante. Ahora bien, al resto del mundo le está resultando excesivamente cómodo fijar la atención en los pecados norteamericanos, con lo cual se hace posible olvidar los problemas de otros países. Mark Twain observó una vez que nada necesita tantas reformas como los hábitos de los demás.

Existen, en efecto, otros dos conjuntos de fuerzas que actúan negativamente en el orden económico mundial y que en modo alguno pueden considerarse triviales. Una es el permanente estancamiento de las economías europeas. La situación es distin-

ta según los países, pero para la mayor parte de Europa el de empleo se mueve entre el 11 y el 12 por ciento. Para Alemania es más del 8%, lo cual es significativo para un país que, con unos precios estables, acostumbraba a tener un paro del 1 ó 2 por ciento. Aquellas cifras, además, pueden aún subir en 1988, según proyecciones de la OCDE.

Las principales razones por las que el paro debería ser reducido tienen que ver, claro está, con la obligación fundamental de la política económica de cada país de proporcionar las indispensables oportunidades de empleo. Pero los gobiernos europeos han fallado a este respecto. Ahora bien, en esta era de economía globalizada, tales políticas han tenido efectos adversos también para otros países, entre los que se incluye Norteamérica. Entre 1980 y 1986, las exportaciones estadounidenses a Canadá se elevaron en un 57%, y a Japón en un 21%. En / 1986, en cambio, las exportaciones de Estados Unidos a los cuatro grandes europeos (Reino Unido, Italia, Francia y Alemania) fueron el 7% más bajas que en 1980. Esa Euro-stagnation, por / otra parte, es todavía peor para los países menos desarrollados, que se esfuerzan por elevar, o por lo menos mantener, los recursos que obtienen de sus exportaciones a los países industriales.

La preocupación obsesiva por obtener un gran excedente comercial como medio para conseguir la prosperidad interna, en / Asia, y en cierta medida también en Europa, es el tercer factor negativo que pesa sobre la economía internacional y que constituye la primera fuente que alimenta el sentimiento proteccionista norteamericano. Cuando esas economías asiáticas no habían alcanzado la magnitud actual podía tolerárseles que no aplicaran siempre las reglas del juego liberales en materia de comercio / internacional. Pero ahora que han alcanzado unas rentas bastante elevadas se les debe exigir que se comporten como personas / adultas.

El superávit por cuenta corriente de Hong-Kong se acerca rá este año a los 2.000 dólares per cápita. El de Taiwan, a / 1.000 dólares. Los de Japón y Alemania son de uno 700 por habitante. Si los Estados Unidos se propusieran conseguir algo por este estilo y tuvieran alguna posibilidad de alcanzarlo, / el clamor y la rabia en todo el mundo serían mayúsculos. ¿Por qué todos esos países no dedican más esfuerzo a mejorar sus / economías internas?.

Dado el mosaico de limitaciones y de desequilibrios, según quedan descritos, ¿cuál debe ser la política de Estados / Unidos?. Pasó ya la era en que Norteamérica podía cargar sobre sí los problemas del mundo y pagar la factura de otros. Por consiguiente, lo que los Estados Unidos deben hacer en el contexto económico internacional es sólo lo que les interesa desde el punto de vista de sus propias conveniencias.

Una legislación proteccionista de amplios vuelos es lo que aparece como más tentador, pero debe reconocerse que, a la larga, la mayor víctima de una política de ese tipo serían los / mismos Estados Unidos, aparte que conduciría a la desintegración del orden económico internacional. Las economías que adoptan la estrategia de encerrarse tras una cómodas barreras protectoras acaban siempre con serios problemas de artritis. Cual / quier intento importante de Estados Unidos de acudir a una política proteccionista pasaría a los libros de historia económica como un caso clásico.

Una política destinada a estabilizar el tipo de cambio / lleva asimismo consigo todas las de perder. Los cambios oscilantes constituyen, por supuesto, un impedimento para el comercio y deben eludirse. Pero la manera de evitarlos es a través de una acción sobre las bases fundamentales de la economía. La actuación directa sobre los cambios es una forma de control de precios, y todo el mundo sabe desde hace siglos que los controles de los precios han solido saldarse con fracasos.

Goethe hizo observar en cierta ocasión que si todo el mundo barriera el frente de su casa todo el mundo estaría limpio. La parte de los desequilibrios mundiales cuya responsabilidad corresponde a Norteamérica es su propio déficit presupuestario. La necesidad de recursos que se deriva de éste obliga a una continua entrada de fondos extranjeros para que las cuentas cuadren. El "tipo real" (el tipo para las obligaciones del Tesoro a 10 años, menos la tasa de inflación) en los años/80 ha sido, como promedio, del 6%, cifra muy por encima de los períodos anteriores y muy por encima también de lo que podría convenir a largo plazo.

Esta necesidad de pedir prestado al extranjero expone a América al riesgo de convulsiones en los mercados financieros si se produjera una auténtica crisis de confianza. En este caso, la combinación de tipos de interés aún más elevados y de una paralización de los mercados de crédito traería consigo, con toda probabilidad, una recesión, una disminución de las exportaciones de los países deudores y la posible bancarrota de éstos susceptible de afectar gravemente a los bancos prestamistas. Los Estados Unidos, con la ayuda federal, han de ampliar el margen de seguridad de que disponen ante este precipicio.

Pero también parece claro, con todo, que las instituciones del poder son incapaces de hacer frente al problema presupuestario, como lo demuestra el tímido e insuficiente compromiso a que se ha llegado últimamente.

Los líderes políticos no pueden eludir la responsabilidad ante el excesivo déficit actual, puesto que son ellos los que lo han creado. Pero la incapacidad en el gobierno es consecuencia de una incapacidad más general. La gente quiere que el déficit se reduzca, pero de forma que ésto no suponga nuevos impuestos ni reducciones del gasto. Por otra parte, no existe una

nimidad entre los economistas acerca de los efectos de un déficit presupuestario, o de las consecuencias de una reducción, / o de un aumento, de los impuestos, etc. Ahora bien, si las ideas influyen en las políticas, el estado paralítico de la política fiscal en Washington refleja la situación insegura del mundo de las ideas.

Lo que es claro, en cualquier caso, es que el presupuesto no se administrará solo, por lo que debe encontrarse algún modo de que su curso sea el correcto. Históricamente, un impase sobre puntos importantes se ha superado eventualmente con algún tipo de comisión de expertos independientes. Ya es hora que se constituya una de éstas. Tal tipo de comisiones resolvieron el problema de la Seguridad Social, a principios de esta década; ó propusieron la manera de reestructurar el presupuesto, en los años de Johnson; o, antes aún, sugirieron la creación de la Reserva Federal. Estas comisiones permiten al Presidente y al Congreso eludir sus compromisos políticos haciendo "lo que la Comisión nos ha dicho que hiciéramos".

Es fácil decir que poco más puede hacerse hasta 1989 (cuando ha de tomar posesión en nuevo Presidente). Pero la verdad es que los problemas que requieren urgente corrección no siempre / se acomodan al calendario político. Entre ahora y 1989 hay demasiado tiempo como para dejar que entretanto Norteamérica pueda caer en el abismo.

* * *